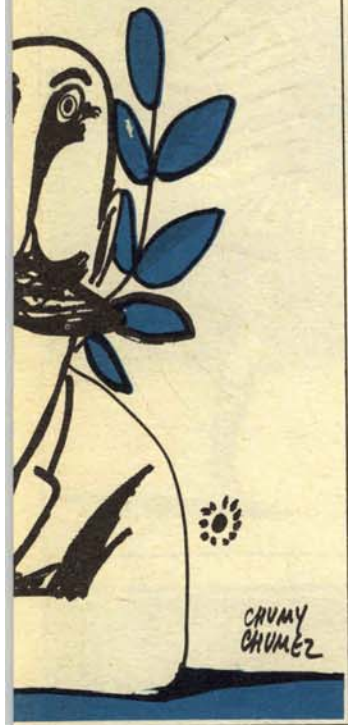


GIO GO STO



to plagiado

gar de la Mancha de cuyo nom-
ro acordarme no ha mucho tiem-
ia un hidalgo de los de adarga
cin flaco y galgo corredor que

ser: he aquí el problema! ¿Qué
vantado para el espíritu: sufrir
y dardos de la insultante Fortu-
las armas contra un piélagos de
s y, haciéndolas frente, acabar

ica podía saber qué es lo que
hacer porque siempre entraba
y le increpaba:

ónde te escondiste
y me dejaste con gemido?
ciervo huiste,
me herido,
de ti clamando, y ya eras ido.

hidalgo sabía por dónde iban
Cogía a su mujer en brazos, la
a terraza y le decía:

es verdad Angel de Amor
sa apartada orilla
a la luna brilla
pira mejor?

a que sí, que era verdad. Enton-
ban besos, entraban en la casa
perdices y eran muy felices.
n, colorao, este cuento se ha

LOPE DE VEGA

El plagio, o arte de enriquecer la obra propia a costa de la de los demás, está de capa caída. Terrible, pero así es. La literatura, la pintura, la música, toda clase de creación artística, ya no son lo que eran. No sé quién se ha encargado de desterrar al plagio del sistema de los recursos imaginativos, comparándolo con el anarquismo, las drogas y las fiebres tifoideas, como si éstas o aquél no sirvieran para que en el mundo social aún existiese ese aliciente maravilloso que es la polémica. Pienso que la civilización es la gran culpable. En arte, sin plagio ni plagiarios, a poco se puede aspirar. El plagio es absolutamente necesario, y prescindir de él, atacarlo, bueno, para qué nos vamos a engañar, eso es un crimen. Es más, la Real Academia de la Lengua debería aprobar un Estatuto para la perfecta regulación de este arte en vías de extinción. La Sociedad de Amigos de la Cultura, a su vez, tendría que promover una serie de viajes de especialización a los Estados Unidos, donde el plagio está tan bien visto y donde se recurre a él sin



DEFENSA DEL PLAGIO

prejuicio ninguno. La censura habría de rechazar los originales sometidos a su cordial visión de la realidad siempre que los originales no contasen con al menos 50 plagios catalogados y comprobados. En los centros de Enseñanza Media convendría poner al día a las criaturas en el manejo del plagio para que el día de mañana, cuando esas criaturas ostentasen el cetro de la inteligencia reconocida y otras habilidades puestas en función de cualquier labor creativa, pues

eso, para que en ese momento de madurez los artistas pudiesen plagiar como bestias. Todas estas medidas darían más prestigio, si cabe, a nuestro universo intelectual, y los consumidores de literatura y artes plásticas se verían favorecidos con una conducta constructiva, ya que cada obra estaría repleta de aciertos y la abominable tendencia al tedio recobraría los laureles de la época clásica, donde se plagiaba a mansalva, pues ya entonces se intuía que la supervivencia de la Historia de la Cultura se fundamentaba en la utilización del plagio. En resumen: plagiar es un deber; el plagio es —valga el sofisma— el hermano póstumo de la idea ajena; es algo tan útil, que si no nos ponemos todos a plagiar sin ton ni son, podemos acabar con la solemnidad de nuestras estructuras en el campo de la expresión. Plagie, pues, señor artista, pero plagie sin cesar, que el plagio es la divisa del auténtico creador. Lo demás es rutina, talento e imaginación. Un asco, vamos.

EL TAMPAS

PLAGIOS DE LOS QUE NADIE HABLA

No sólo se plagia en literatura. También se plagia en la vida. He aquí algunos ejemplos que demuestra lo que decimos:



Señor plagiando al fontista Haro.

Señorita plagiando a un censor en un gesto afirmativo.

Niño plagiando a los Hermanos Montgolfier.

Señor particular plagiando a la mismísima Parca.

DENUNCIA ANTE EL REGISTRO DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL

SOSPECHAS

La Peña Fortuna, indignada con la muerte de un toro en plena plaza de España, acaba de presentar una denuncia ante el Registro de la Propiedad Intelectual. Se basa la demanda en el hecho de que el matador señor Segura ha plagiado el acontecimiento que en 1923 protagonizó el diestro Diego Mazquiarán y Torrónegui («Fortuna»), y que en su época fue debidamente registrado en el susodicho Registro, cumpliéndose todas las formalidades legales. Los airados firmantes del escrito alegan que el hecho plagiado ha sido completamente desvirtuado, ya que mientras «Fortuna» mató su toro a base de abrigo, el señor Segura utilizó muleta, aditamento éste completamente prohibido en las Reglamentaciones de Toreo de Calle. Algunos aficionados, dispuestos a colaborar en el esclarecimiento del suceso, han redactado la siguiente lista de

- 1.º Que el citado matador presentaría desde hacía más de dos años el desencajamiento de un toro en un lugar céntrico de la capital a una hora punta.
- 2.º Que tanto la espada como el capote empleados para la faena se encontraban envenenados.
- 3.º Que cierto periodista había llegado a la plaza de España invitado para la entrega de un Disco de Oro y se encontró con el toro.
- 4.º Que el diestro, antes de salir de su casa la tarde de autos, exclamó: «¡O esta temporada, o nada!».
- 5.º Que otros muchos diestros modestos están estudiando la posibilidad de adquirir un toro entre seis o más, y matarlo «en colectivo» en las plazas mayores de cada capital de provincia.

MORTIMER

DESCUBRA USTED MISMO

(SIN MOVERSE DE CASA)

UN PLAGIO

Muchos ciudadanos se sienten continuamente insatisfechos, alienados y melancólicos porque observan cómo a su alrededor los listos, los «divines» habitantes de los «pubs», las ratas de biblioteca y las de laboratorio, los ateneístas, los bebedores de ajeno y los inspectores de gas descubren plagios literarios por doquier hasta en los escritores más inmortales. Me parecía social y de justicia brindar a esos ciudadanos una fórmula directa muy empleada de habitual, a fin de que no sigan sintiéndose minusválidos.

La fórmula es bien fácil: tome usted un libro cualquiera

de su biblioteca («La perfecta casada», de Fray Luis de León, por ejemplo). Despójelo de la sobrecubierta, poniéndole ésta a su vez a otro libro tomado al azar (pero que muy bien podría ser «Justine», del Marqués de Sade que usted adquirió en Biarritz).

Deje este libro sobre una mesa y váyase de la habitación.

Cuando hayan pasado veinte minutos, vuelva, tómelo y comience a leer y a maravillarse.

En efecto: Fray Luis le plagió casi todo al Marqués.

JACINTO DISIPADO



—Ya verán cómo acaban por decir que también plagio a Cervantes porque soy blanco.